

José Manuel López de Abiada/Augusta López Bernasocchi*

○ Para un análisis de *Rosario Tijeras*, paradigma de la conjunción de la violencia y del narcotráfico en la literatura colombiana

Después que Dios crió el mundo jamás en montes ni selvas se ha hallado ni visto árbol tan nocivo al género humano como es el de la coca, salvo aquél de que comieron nuestros primeros padres; y aun aquél mató la fruta dél, pero este maldito árbol de coca, sola la vista dél mata como el basilisco; en sólo coger la fruta, sin comerla ni gustarla, se pierde la vida.

(Pedro de Quiroga: *Coloquios de la verdad*, ca. 1567)

1. Neologismos desde un prefijo

En las dos últimas décadas, los neologismos formados con el prefijo *narco-* son numerosos. No fue elegido por su semántica original, sino para responder a exigencias o denotar aspectos relativos al mundo del narcotráfico *sensu lato*. La etimología procede del griego *nárke* (= torpor, adormecimiento), pero los usos, los medios y los fines son distintos, puesto que los significados están asociados preponderantemente a la delincuencia. Sin embargo, también son numerosos los vocablos relacionados con la música (los narcocorridos, por ejemplo), la filmografía (el narcocine, también llamado *cine de frontera*, películas cuyas historias se desarrollan en la raya divisoria entre México y Estados Unidos), el arte (el Musée International des Artes Modernes de Sète, Francia, inauguró la primera exposición en 2004), la narcoliteratura (sobre todo novelas debidas a escritores colombianos y mexicanos), la narcopolítica (narcomilitares, narcoguerrilla, narcopolíticos son los términos más frecuentes) o las narcolimosnas.¹ En el *Diccionario de autoridades* (1732) figura tan sólo la entrada *narcótico*;² la vigésima segunda edición

* José Manuel López de Abiada es catedrático de Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Berna desde 1988. Contacto: jose-manuel.lopez@rom.unibe.ch.

Augusta López Bernasocchi es colaboradora científica de la Cátedra de Lingüística de la Universidad de Berna. Es autora de varios ensayos y ha coeditado las *Concordancias de las Operette morali*, de Giacomo Leopardi (1988). Ha traducido al italiano obras de teatro, poesía y novelas de autores latinoamericanos (Alfonsina Storni, Juan José Morosoli) y coeditado varias misceláneas en el ámbito de la Hispanística. Contacto: augusta.lopez@rom.unibe.ch.

¹ Es decir, las donaciones que narcotraficantes y sicarios ofrecen a santos locales y parroquias por gracias recibidas o para conseguir el perdón por faltas, infracciones penales o crímenes cometidos.

² "NARCÓTICO, CA. adj., Term. Médico que se aplica a los remedios fríos hasta el cuarto grado, con que se adormecen las partes doloridas, para estorbar el sentimiento del dolor. Lat. *Narcoticus*. FRAG.

(2001) del *Diccionario de la Real Academia española* recoge ocho términos relativos a la medicina (*narcolepsia*, *narcosis*, *narcótico*, *narcotina*, *narcotismo*, *narcotización*, *narcotizador* y *narcotizar*) y tan sólo tres relacionados con el comercio de drogas (*narcodólar*, *narcotraficante* y *narcotráfico*), pero no figuran *narcoterapia*, *narcoanálisis* y otros vocablos de uso frecuente. Sí lo son (sobre todo en Colombia y México) los términos *narcoamante*, *narcocriptas* (referidas a las tumbas, a veces faraónicas, de capos de las mafias del narcotráfico), *narcocamionetas*, *narcodólar*, *narcoestado*, *narcopoder*, *narcocampesino*, *narcoavión*, *narcobuque*, *narcomafia*, *narcodelincuencia*, *narcoterrorismo*, *narcodemocracia* y algunos más.

2. Narcotráfico y violencia

La crítica suele dar por bueno que la novela de la violencia comienza a gestarse el 9 de abril de 1948, fecha del llamado “Bogotazo”. Algunos críticos (Arango es quizá quien mejor argumenta al respecto³) consideran que el título *Cien años de soledad* hace referencia a una temporalización concreta y a un lapso de tiempo determinado: 1848 (comienzo de la oposición del movimiento liberal en Colombia) y 1948 (año del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán⁴). Dos fechas, por tanto, históricas y a la vez simbólicas, que en la novela de García Márquez quedan diluidas en la coherencia retórica y el virtuosismo estilístico del autor, enredadas en los discursos históricos y económicos y en la ambigüedad de los elementos autobiográficos, en las hipérboles, el humorismo, las reminiscencias culturales perfectamente asimiladas y las numerosas alusiones e intertextualidades.

No está quizá de más focalizar, aunque sea brevemente, al socaire de un trabajo pionero de Laura Restrepo (1976), algunos aspectos relativos al concepto de violencia, término que en la Colombia de los años cincuenta se convirtió en muletilla socorrida para referirse a la conmoción histórica que en menos de una década causó más de 200.000 muertos. Marbete socorrido porque, habida cuenta de la gravedad de la situación, se hubiese debido elegir términos de mayor enjundia y tradición conceptuales, en lugar de contentarse con uno “neutro” (si bien polivalente), pues dejaba abiertos los senderos que

Cirug. Aphorism. 2. Un dolor excesivo, apenas se quita sin medicinas *narcóticas*, que son las frías en el cuarto y último grado”.

³ “Los cien años de historia de Macondo corresponden aproximadamente de la década del cuarenta en el siglo XIX a la década del cuarenta del presente siglo. La subversión liberal de Colombia ha marcado pues momentos decisivos; el primero el que se desarrolló entre 1848 a 1854. El segundo, con fuerte influencia de la Revolución rusa, se inició a partir de 1922 y sofocado en 1948. [...] Podemos ver entonces con toda claridad que la problemática política de Macondo es una recreación de la problemática política de Colombia durante el periodo de un siglo” (Arango 1985: 61-62).

⁴ Como sabemos, Jorge Eliécer Gaitán, ex alcalde de la ciudad, ministro de Educación en el Gobierno liberal de Alfonso López y candidato a la presidencia de la República, fue asesinado en una calle céntrica de Bogotá. Su muerte fue la chispa que volvió a prender los rescoldos del antiguo fuego entre los dos bandos tradicionales; una guerra que comenzó en la capital y que se fue extendiendo, duró tres lustros, causó alrededor de 300.000 muertos y arruinó buena parte de la economía del país. Este hecho determinante en la vida social y política de Colombia tiene una marcada presencia en la *novela de la violencia* colombiana de los años cincuenta y sesenta, precursora en cierto modo de las llamadas *novelas del narcotráfico*.

conducían a la nebulosa del mito; además, vaciaba el fenómeno de una parte sustancial de su contenido político, puesto que eludía poner nombres a las verdaderas razones del conflicto: la lucha de clases. Se barajaban, sin embargo, etiquetas manidas, como los odios ancestrales, el recurso a la autodefensa cual *ultima ratio*, la locura colectiva, la venganza y el revanchismo, la ferocidad campesina, la intervención de elementos extraños a la realidad colombiana o el peligro comunista (que era el más recordado). A ellos se añadía la pérdida de los valores éticos tradicionales, la violación de normas y leyes no escritas, la desintegración de la familia y el menoscabo y quebranto de los valores morales. Seguro es que buena parte de las víctimas y de los protagonistas carecían de la capacidad de análisis suficiente para poder entender y juzgar los complejos mecanismos de los procesos que habían desembocado en una situación de guerra civil. Laura Restrepo ilustraba la situación de desconcierto en su valioso artículo con citas procedentes del tomo I de Guzmán y Fals Borda (1962), entre las que figuraban declaraciones de algunos de los involucrados en los enfrentamientos; y sobre todo llevaba a cabo un calibrado y penetrante análisis de los textos más significativos del corpus que configura la novela de la violencia colombiana, debidos, como sabemos, a Caballero Calderón, Zalamea, Daniel Caicedo, Carlos H. Pareja, García Márquez y Álvarez Gardeazábal. Sobre el impacto de la violencia en la sociedad colombiana y su inmediata presencia en la literatura observaba:

se sintió con tremenda intensidad, y aún se sigue sintiendo, a todos los niveles, político, económico, moral, cultural. La literatura se vio marcada tan bruscamente por este suceso histórico que, puede decirse, la «Violencia» ha sido el punto de referencia obligado de casi tres decenios de narrativa: no hay autor que no pase, directa o indirectamente, por el tema; éste está siempre presente, subyacente o explícito, en cada obra. [...] hasta *Cien años de soledad* no se escribe la epopeya de nuestras guerras civiles del siglo XIX. Con la “Violencia” parece suceder algo diferente: inmediatamente comienzan a escribirse panfletos y novelas que le siguen los pasos a su desarrollo, denunciando, dando voces de alarma, rindiendo testimonio (Restrepo 1976: 9-10).

Algo más de tres décadas después, en una conmovida conversación entre Laura Restrepo y Fernando Vallejo sobre Colombia y la violencia recogida por Juan Cruz, leemos:

L.R. [...] Yo pienso que aquí se está viviendo un proceso de neofeudalismo encabezado por el señor Uribe y sus grupos paramilitares, cuya política defiende a quienes están dándoles una especie de indulto y legitimación ante la sociedad...

F.V. Mira, Colombia es el país de la impunidad. La reina de Colombia es la impunidad. El presidente está dormido, pero Colombia tiene una reina. Aquí la reina es la impunidad. Aquí, ahora que todo el mundo habla de porcentajes, más del 99,99% de los delitos quedan impunes... No se puede construir una sociedad desde la impunidad. Pero no sólo es la impunidad para los paramilitares, es la impunidad para las guerrillas, para todo el que asesina, para todo el que roba. Aquí todo está impune.

L.R. Espera, espera. Es que la palabra *todo* es tremenda, Fernando, porque entonces la cuestión se diluye y parece un problema histórico, y no podemos aterrizar... Aquí hay que ponerse al lado de las víctimas, a ver quiénes son esos miles de colombianos desplazados, asesinados, despojados de sus más mínimos derechos, como también lo están los secuestrados, porque ésa es una cosa que no se puede callar. Las FARC son espantosas, son criminales, son crueles; el pueblo colombiano las detesta...

[...]

F.V. Serán unos poquitos los que estén con ellos, y están bajo coacción, por supuesto. Y los paramilitares son iguales: igual de secuestradores, igual de... ¡son narcotraficantes! ¡Nos faltaba decir narcotraficantes!

L.R. Es el narcoparamilitarismo. Y dentro de este proceso de legitimación de los paramilitares hay algo que nadie ha hecho, que es demostrar el *narco* que hay detrás del paramilitarismo...

F.V. Es muy grave que el presidente Uribe venga de una familia que estaba muy ligada a los narcotraficantes de Medellín...

L.R. Y en este proceso de legitimación de los paramilitares, ¿qué tipo de criminales están pasando al indulto?

F.V. Esa impunidad de asesinos y genocidas es una bofetada a la moral... Si usted deja impunes a quienes han asesinado, y a quienes han cometido masacres, y a quienes han torturado, entonces usted no puede castigar a nadie por un robo, o por una calumnia, o por ningún otro delito, porque delitos mayores no puede haber. Entonces, les estamos diciendo a los colombianos: miren, éstos se quedaron impunes, hagan ustedes lo que quieran (Cruz 2008: 8).

3. Aspectos de la violencia en *Rosario Tijeras* (2003)

3.1. *Violencia macroscópica*

La novela reconstruye —a través de los recuerdos del narrador, Antonio— (parte de) la breve vida de Rosario Tijeras, figura trágica y simbólica de mujer dominadora, hermosa, cruel e imprevisible que ha logrado abandonar el submundo de los desheredados para ingresar en las falanges de los “duros de los duros” (se ignora si el ingreso tiene como contrapartida el ejercicio de sicario o de «narcoamante», y si el sórdido mundo de los barones del narcotráfico y del terrorismo pone en peligro su vida y la de sus allegados). Una historia cuya temporalización coincide con los años más sombríos del Medellín de Pablo Escobar, entonces ciudad emblema de la violencia y de la muerte:

—Esto se está volviendo tierra caliente [...].

Era cierto que la ciudad de había «calentado». La zozobra nos sofocaba. Ya estábamos hasta el cuello de muertos. Todos los días nos despertaba una bomba de cientos de kilos que dejaba igual número de chamuscados y a los edificios en sus esqueletos. Tratábamos de acostumbarnos, pero el ruido de cada explosión cumplía su propósito de no dejarnos salir del miedo. Muchos se fueron, tanto de acá como de allá, unos huyéndole al terror y otros a las retaliaciones de sus hechos. Para Rosario la guerra era el éxtasis, la realización de un sueño, la detonación de los instintos.

—Así sí vale la pena vivir aquí —decía.

Eran ellos contra nosotros, cobrándonos ojo por ojo todos los años en que fuimos nosotros contra ellos (79).⁵

Medellín es como esas matronas de antaño, llena de hijos, rezandera, piadosa y posesiva, pero también es madre seductora, puta, exuberante y fulgurosa. El que se va vuelve, el que reniega se retracta, el que la insulta se disculpa y el que la agrade las paga. Algo

⁵ Las cifras entre paréntesis corresponden a las páginas de la edición indicada en la Bibliografía.

muy extraño nos sucede con ella, porque a pesar del miedo que nos mete, de las ganas de largarnos que todos alguna vez hemos tenido, a pesar de haberla matado muchas veces, Medellín siempre termina ganando (113).

- Esta ciudad nos va a matar –decía ella.
- No le echés la culpa –decía yo–. Nosotros somos los que la estamos matando.
- Entonces se está vengando, parcero –decía ella (114).

El *incipit* de la novela es revelador: un beso y un disparo (“le pegaron un tiro a quemarropa mientras le daban un beso”, 9) y una protagonista agonizante que, por un instante, confunde “el dolor del amor con el de la muerte” mientras comienza a desangrarse; llevada a urgencias al hospital, desaparece en presurosa camilla tras la puerta que conduce a cirugía (9-10). La narración concluye unas horas después, cuando el médico se acerca para dar a Antonio la noticia del fallecimiento de la mujer por tanto tiempo deseada (“este preciso instante en que por fin sale un médico”, 182).

3.2. *Violencia del «amor desesperado»*

Antonio ha estado profundamente enamorado de Rosario, pero su amor no fue correspondido y, para más inri, le había enfrentado de continuo a situaciones cada vez más contrarias y enredadas (“Ahora pienso que lo que siempre nos unió fue la adversidad”, 59), con altibajos y sobresaltos que iban de la esperanza a la desesperación, en primorosa consonancia con el *topos* del *amor suicida*, “amor desesperado” (185) e irremediable que le había abocado a la perdición.⁶

Si el personaje femenino corresponde, como veremos, en no pocos aspectos al arquetipo de la mujer fatal (como tal, con efectos devastadores), Antonio concuerda con el del amante desesperado, el *enfermo de amor* que elude la cura y persiste en su proyecto autodestructivo. Así se explica que podamos detectar los conocidos síntomas de la *aegritudo amoris*: aniquilamiento, pusilanimidad, ofuscación y embrutecimiento (87); frío, debilidad, desazón, temblor de manos, vacío, congoja y náuseas (179). Y, sin embargo, su profundo enamoramiento no le da la fuerza y el valor para comunicárselo a Rosario, razón añadida para considerarse cobarde y rozar no sólo la pérdida de la autoestima y el odio a sí mismo, sino incluso el comienzo de una violencia dirigida contra sí mismo:

[...] me di cachetadas hasta que se me puso roja la cara. ¡Zas! por güevón, ¡zas! por marica y ¡tenga! por gallina. [...] Juré que sacaría valor y le diría lo que sentía por ella, y después me

⁶ “Fue Rosario Tijeras la que me hizo sentir lo máximo que puede latir un corazón y me hizo ver mis despechos anteriores como simples chistes de señoras, para mostrarme el lado suicida del amor, la situación extrema donde sólo se ve por los ojos del otro, donde la comida diaria es la mierda, donde la razón se pierde y queda uno abandonado a la misericordia de quien uno se ha enamorado” (104-105); “yo quería salvarme de la droga que contamina el cuerpo y las venas y no de la otra, la que entra por debajo y por los ojos, la que se enquistaba en el corazón y lo corroe, la maldita droga que los más ingenuos llaman amor, pero que es tan nociva y mortal como la que se consigue en las calles envuelta en paqueticos” (119).

encerré muchas veces en el mismo baño donde me cacheteé a ensayar las palabras con las que le confesaría mi amor.

—Rosario, estoy enamorado de vos.

—Rosario, hace mucho que tengo una cosa para decirte.

—Rosario, adiviná quién está enamorado de vos.

Nunca le dije éstas ni las otras miles que preparé. Volví frustrado a darme una tunda frente al espejo, el único que me las escuchó (88).

Antonio es un personaje silencioso que vocifera y se desespera, que reacciona con vehemencia «desde dentro»⁷ y, sin embargo, se sueña cual alter ego de Emilio (que es en el fondo quien desea ser):

Mientras Emilio se enloqueció tirando sillas, pateando puertas y quebrando muebles, yo me consumía por dentro. [...] Rosario se quedó callada mientras Emilio le destruía el apartamento. No dijo una sola palabra mientras él lloró, manoteó, puteó. Yo también me quedé en silencio, esperando al igual que ella, a que Emilio terminara el *show* (101).

Yo había encontrado en él la parte valiente que yo no poseía, no había en mí el tipo que no lo pensara dos veces para zambullirse en la incertidumbre y ése era precisamente Emilio. Y creo que él encontró en mí al cobarde que no existía en él, pero que le hacía falta para pensar dos veces ante el riesgo. [...] Emilio conseguía las mujeres, la plata, el trago, las emociones de la vida. Lo veía moverse libremente, sin escollos morales, sin culpa, saboreándose cada día como un regalo. Yo, en cambio, trataba angustiosamente de hacerle frente a ese modo de vida que era imperativo en los jóvenes. Pero a escondidas, y muy a solas, me embarcaba en lecturas y pensamientos existencialistas que chocaban con mi mundo de la calle, con los planes de Emilio, y después, de una manera muy fuerte, con las normas sociales. Fue entonces cuando encontré en Emilio, además del amigo, mi fortín para la irreverencia (103).

No es, por tanto, casual que Antonio se identifique con Ferney, otro de los personajes perdedores que, como él —y a despecho de su papel de infractor violento y de la pérfida imagen que de él divulga la prensa— pertenece al grupo de los “millones de comemierdas” obligados a curarse “en silencio o, como ha ocurrido tantas veces”, a morirse “de una sobredosis fecal” (138).

3.3. *Violencia de origen*

Rosario lleva marcada a fuego su pertenencia a la comuna, sus humildes orígenes, su procedencia de uno de los barrios altos de la ciudad.⁸ “Sus padres, como casi todos los de la comuna, bajaron del campo buscando lo que todos buscan, y al no encontrar nada se instalaron en la parte alta de la ciudad para dedicarse al rebusque” (20). De su madre,

⁷ “[L]e grité desde adentro” (51); “gritó mi pensamiento”, “grité por dentro sin atreverme a abrir la boca para preguntar, para reclamar” (111); “apreté los labios para gritarle más fuerte, para reclamarle”, “ella alcanzó a escuchar un eco en mi silencio” (112); “la insulté en mi pensamiento” (157).

⁸ “[L]as luces del barrio alto de donde una vez bajó Rosario”, “—Mira bien donde estoy apuntando. Allá arriba sobre la hilera de luces amarillas, un poquito más arriba quedaba mi casa”, “la parte más alta de la montaña” (10).

doña Rubi (una modista desventurada y menesterosa, obligada a compartir cama con amantes que duran el tiempo que tarda en nacer el fruto de su convivencia), aprende desde niña el manejo de las tijeras, a las que también recurre a veces para defenderse de los acosos y amenazas de marido y amantes (20). Rosario crece sin padre (“el suyo las había abandonado cuando ella nació”, 21) y, excepción hecha del que le profesa su hermano mayor Johnefe (el ser que más la quiere y a quien ella adora), sin amor (“–Vos sabés que doña Rubi no te quiere ni ver”, 41). Y, a la par que crece, se va acostumbrando a la fatalidad (“la vida tenía su lado oscuro, y [...] ése le había tocado a ella”, 35):

[...] ¿por qué los matás? [...]
–Porque toca. Vos lo sabés. (42)

Rosario tiene, como vemos, a diferencia de Antonio y Emilio, un pasado (y un presente) marcado por la violencia desde todos los frentes;⁹ un pasado del que, pese a sus esfuerzos, le es imposible desentenderse, incluida la droga.¹⁰ No sorprende, por tanto, que su relación con Emilio y Antonio esté sembrada de caídas y arrepentimientos, buenos propósitos y nuevas recaídas, lo que no deja de ser otra forma de violencia contra sí misma.¹¹

3.4. *Iniciación a la violencia*

La vida ha infligido a Rosario un calvario de estaciones, pérdidas y estragos, a los que aprende pronto a reaccionar (una iniciación al revés que, como veremos, hace extensiva a Antonio y Emilio) y que conocemos sólo en parte (“algo les ha tocado, pero mi historia comienza mucho más atrás”, 172). En suma, un calvario marcado por demasia-

⁹ “[S]in una identidad que la respalde, tan distinta a nosotros que podemos escarbar nuestro pasado hasta en el último rincón del mundo, con apellidos que producen muecas de aceptación y hasta perdón por nuestros crímenes. A Rosario la vida no le dejó pasar ni una” (14); “historias que a mí no me tocaron. Ella era la que me las contaba, como se cuenta una película de acción que a uno le gusta, con la diferencia de que ella era la protagonista, en carne viva, de sus historias sangrientas” (15); “sus antiguas turbulencias” (19); “–Ha estado con gente muy dura” (22); “Desde que Rosario conoció la vida no ha dejado de pelear con ella” (25); “Sus historias no eran fáciles” (33); “–Lo que ustedes no saben, muchachos, es lo difícil que ha sido mi vida, bueno, algo les ha tocado, pero mi historia comienza mucho más atrás” (172).

¹⁰ “Rosario siempre ha luchado por olvidar todo lo que ha dejado atrás, pero su pasado es como una casa rodante que la ha acompañado hasta el quirófano, y que se abre espacio a su lado entre monitores y tanques de oxígeno, donde la tienen esperando a que resucite” (12); “La droga fue el último recurso para paliar el daño que la vida ya le había hecho” (128).

¹¹ “Hasta yo llegué a ilusionarme con la idea de Rosario curada de su pasado. [...] me contaba sus planes, lo que sería su nueva vida, lo que dejaría definitivamente, lo que borraría de su historia para empezar de nuevo. / –Ese va a ser mi último crimen, parcero –me decía–. Voy a matar todo lo de antes” (134); “[...] muchas veces les he prometido que voy a cambiar pero que siempre vuelvo a lo mismo, [...] pero lo que quiero que entiendan es que no es culpa mía, [...], es como algo muy fuerte, más fuerte que yo y que me obliga a hacer cosas que yo no quiero. [...] / [...] ahora sí estoy decidida a que todo va a cambiar, porque tengo que hacer algo que borre definitivamente todo ese pasado y toda esa vida mía que fue tan dura, pero si quiero olvidarme de todo eso me toca trabajar duro y buscar una salida definitiva, ¿sí me entienden?” (172-173).

das caídas y estaciones, entre las que destaca su violación con ocho años por uno de los compañeros sentimentales de su madre (26). Expulsada de varios colegios, corre el riesgo de ser enviada a un correccional por haber rayado la cara a una profesora con una tijera (19) y secuestrado a otra durante una mañana, a la que le corta el pelo a tijeretazos (27). Por si fuera poco, su madre la echa de casa al cumplir los once años (27); a los trece, es violada de nuevo, esta vez por dos individuos del combo de Mario Malo, “un tipo al que todos le corrían, menos Johnefe” (35). Emascula a uno de los amantes de su mamá de un tijeretazo mientras finge seducirlo (37), acto que, cabe subrayarlo, posee carácter liminal, porque desde ese día es consciente de la posibilidad y necesidad de autodefenderse.¹² Parece que la sarta de asesinatos comienza en los baños de la discoteca Acuario, donde deja tendido a uno de los compañeros de su ex novio por faltarle al respeto. A sus nuevos acompañantes les revela “que ése no era el primero y que seguramente no sería el último”, 44). En una fiesta satánica, dispara a un “man de la secta” que intenta violarla (85); y mata a un desconocido que se le acerca educadamente para tratar de aclarar quién se iba a hacer cargo de los gastos de los desperfectos causados a su coche tras el frenado airado de Rosario (117). Y, sin embargo, son muchos los que quedan atrapados en las redes de su fatal atractivo, víctimas de su refinado modo de proceder: seducir primero y matar después;¹³ y cae periódicamente en las garras del alcohol y de la droga.¹⁴

3.5. *Violencia y «rescate»*

El «rescate» social de Rosario se agota en los oscuros meandros de los cenagales del dinero fácil,¹⁵ al que llega con el ingreso al mundo violento de los “duros de los duros” (“los únicos que me dan todo”, 48; “los de la cúpula”, 73), del crimen, del narcotráfico, del terrorismo:

Estuvo metida con los que ahora están en la cárcel, con los duros de los duros, los que persiguieron mucho tiempo, por los que pidieron recompensas, los que se entregaron y después se

¹² “Un vecino de más arriba, casi donde termina el barrio, fue la primera víctima de Rosario Tijeras. Por él le pusieron le apodo y con él aprendió que podía defenderse sola, sin la ayuda de Johnefe o Ferney” (35); “decidí que ese tipo me las tenía que pagar [...] saqué las tijeras de doña Rubi que yo había metido debajo de la almohada y, ¡taque!, le mandé un tijeretazo en todas las güevas” (37).

¹³ “Por esos días ella había matado a otro, esta vez no a tijeretazos sino a bala”, “Yo lo maté”, “También nos quedamos sin saber a cuántos mató. Supimos que antes de conocerla tenía a varios en su lista, que mientras estuvo con nosotros había «acostado», como ella decía, a uno que otro, pero desde que la dejamos hace tres años hasta esta noche cuando la recogí agonizante, no sé si en uno de sus besos apasionados habrá «acostado» a alguien más” (18).

¹⁴ “[L]os días del trago y el bazuco” (17); “sin más provisiones que alcohol y droga” (18); “era una consumidora ocasional [...] de droga” (114); “sacó cantidades de cuanto pueda uno meterle al cuerpo: coca, bazuco, marihuana y hasta tabletas de farmacia” (118); “la temporada de drogas en la finquita” (126); “Trataba de dejar infructuosamente la droga”, “La droga fue el último recurso para paliar el daño que la vida ya le había hecho, la cerca falsa que uno construye al borde del abismo” (128).

¹⁵ “[S]u dedo [...] adornado con un anillo que nunca imaginó que tendría” (10); “—Bajar de la comuna para venir acá es como ir a Miami la primera vez”, “su nuevo apartamento de rica” (48); “¿cómo fue que llegaste hasta arriba?” (73).

volaron, y con muchos que ahora andan «cargando tierra con el pecho». Ellos la bajaron de su comuna, le mostraron las bellezas que hace la plata, cómo viven los ricos, cómo se consigue lo que uno quiere, sin excepción, porque todo se puede conseguir, si uno quiere. La trajeron hasta donde nosotros, nos la acercaron, nos la mostraron como diciendo miren culicagados que nosotros también tenemos mujeres buenas y más arrechas que las de ustedes (22).

Hacía tiempo que había abandonado sus barrios y sus gentes. Los duros de los duros la habían instalado en un apartamento lujoso, por cierto muy cerca del nuestro, le dieron carro, cuenta corriente, y todo lo que se le antojara (28).

[...] las cientos de veces que Rosario se fue con los duros de los duros, los que le dieron todo, los que ponían la plata y por eso de podían dar el lujo de tenerla sin condiciones. [...]

—Pero hay otras cosas que Emilio no me puede dar, parcero.

[...]

—Nadie —decía—, nadie me puede dar lo que me dan ellos.

—¿Quiénes son ellos, Rosario? —le pregunté una vez.

—Vos los conocés. Salen todo el día en los noticieros (70-71).

—Vos ya la conocés —me dijo Emilio—. Es una de las que se sientan en la parte de arriba.

[...]

Emilio me la señaló. Bailaba sola en la parte alta donde siempre se hacían ellos, porque ahora que tenían más plata que nosotros les correspondía el mejor sitio de la discoteca, y tal vez, porque nunca perdieron la costumbre de ver a la otra ciudad desde arriba (91-92).

3.6. *Violencia generada por Rosario (o la iniciadora al revés)*

Rosario encarna el *traît-d'union* entre los varios mundos configurados en la novela,¹⁶ simbolizados y representados por la discoteca Acuaris, lugar de encuentro y contacto. Emilio es el solo que logra traspasar el círculo en el que la han encerrado los “duros”, pero sin conseguir sacarla. Por ella, Emilio y Antonio verán cosas hasta entonces nunca sospechadas ni oídas, incluidos la iniciación a un mundo violento y muy distinto del suyo¹⁷ y el *descensus ad inferos* de la perdición. Un periplo y un aprendizaje en los que Rosario tiene el papel determinante de iniciadora y anti-guía. De ahí que la obra pueda ser también leída como novela de formación o *Erziehungsroman* al revés, como se desprende de los términos relativos al campo semántico del aprendizaje:

Emilio aprendió a hablar de la muerte con la misma naturalidad con que ella mataba. En su afán por seguirla, se fue metiendo poco a poco en el mundo extraño de Rosario y cuando se dio cuenta de hasta dónde había llegado, ya estaba hasta el cuello de vicios, deudas y problemas. Por tenerla había rodado con ella y yo me volví un acompañante ocasional de su caída (42).

¹⁶ “Eran ellos contra nosotros, cobrándonos ojo por ojo todos los años en que fuimos nosotros contra ellos. Con Rosario metida en nuestro bando o nosotros en el de ella” (79).

¹⁷ “[E]llos eran muy distintos, de dos mundos diferentes” (62); “«esa gente»”, “—Esa no es gente para usted” (63); “No se necesitaba un espejo para ver que eran diferentes a nosotros, aunque con el tiempo terminaríamos iguales a ellos”, “comencé a observarlos minuciosamente y, con mucha cautela, a imitarlos” (68).

Fue lenta en enseñármela, pero con el tiempo levantó su dedo para mostrarme de dónde venía. Fue un aprendizaje paso a paso, donde la confianza, el cariño y los tragos ayudaron para que me soltara sus secretos (48).

[...] estudié cada paso para tenerla cerca, la observé con cuidado para no cometer alguna imprudencia, aprendí que había que ganársela de a poquito, y después de tanto examen silencioso logré entenderla, acercarme a ella como nadie lo había hecho, tenerla a mi manera, pero también entendí que Rosario había partido su entrega en dos (54).¹⁸

Aprendizaje caracterizado por el recurso a un lenguaje transido de palabrotas,¹⁹ blasfemias²⁰ y expresiones jergales que Antonio ni siquiera entiende.²¹ Y, viceversa, debido a ese aprendizaje, el discurso de Antonio se impregna ocasionalmente de expresiones jergales (por lo general eufemismos que suelen figurar en el texto indicados entre paréntesis agudas²²) o de palabrotas en general utilizadas por el «otro mundo» («culicagados», 22). Es sin duda muy significativo en este contexto el episodio del (real y ficticio a la vez) ascenso (en realidad se trata de un descenso), variante original del *topos* del viaje iniciático que emprende Antonio cuando la acompaña a su barrio suspendido en la montaña:

Rosario me acercó a la otra ciudad, la de las lucecitas. [...] Cuando llegamos a la parte baja de su barrio, comenzó a guiarme. Ya estábamos en el laberinto, en tierra extraña, sólo quedaba seguir instrucciones y ponerle primera al carro. Después, todo fue estupefacción

¹⁸ Otros pasajes significativos: “Yo no sabía nada. Me metí con ellos porque los quería, porque no podía vivir sin Emilio y Rosario, y porque a esa edad quería sentir más la vida, y con ellos tenía garantizada la aventura. Ahora no entiendo cómo tuve el coraje de acompañarlos, fue como cuando uno cierra los ojos para lanzarse a una piscina fría” (42); “Fue ella la que nos desaferró de esa adolescencia que ya jóvenes nos resistíamos a abandonar. Fue ella la que nos metió en el mundo, la que nos partió el camino en dos, la que nos mostró que la vida era diferente al paisaje que nos habían pintado. Fue Rosario Tijeras la que me hizo sentir lo máximo que puede latir un corazón y me hizo ver mis despechos anteriores como simples chistes de señoras, para mostrarme el lado suicida del amor, la situación extrema” (104-105).

¹⁹ “—Ni puta idea —enfatózó Rosario” (20); “Qué putería” (26); “me volvieron el vestido mierda y después me volvieron mierda a mí”, “este par de maricas”, “hijueputa”, “quedé vuelta mierda mucho tiempo” (36); “güevonadas” (37); “si vas a chillar por esa puta cuenta yo la pago” (40); “—No me jodás” (43); “semejante par de maricas” (44); “que se vaya para la mierda”, “partida de hijueputas”, “maricón”, “No servís para mierda. No te llamé para que me jodieras” (55); “—¿Vos sos güevón o qué?” (56); “vieja hijueputa”, “para no ir a cagarla”, “esta hijueputa”, “un pedazo de mierda”, “toda esa mierda” (61); “ser chichipato” (72); etc.

²⁰ “A cada palabra le ponía el dolor que sentía. Hacía una pausa de vez en cuando para madrear a la señora, para hablar mal de los ricos y de los pobres, para cagarse en Dios y después seguía con su relato” (62).

²¹ “—Johnefe y Ferney se pudieron colocar en La Oficina —me contó—. Eso es lo que todo muchacho quiere. Ahí deja uno de ser chichipato y se puede volver duro. En esa época había mucha demanda porque había un descontrol tenaz, y estaban buscando a las cabezas de los combos para armar la selección. / —Traducción, por favor —le dije” (72).

Véase también las veces que Antonio chapurrea el nombre de Ferney (y que Rosario lo corrige): “Farley” (11); “Arley” (48, 97); “Ferley” (72); “Erley” (153); “Norbey” (177).

²² “[T]enía a varios en su lista, que mientras estuvo con nosotros había «acostado», como ella decía”, “no sé si en uno de sus besos apasionados habrá «acostado» a alguien más” (18); “muchos que ahora andan «cargando la tierra con el pecho»” (22).

ante el paisaje, desconcierto ante los ojos que seguían nuestro ascenso, miradas que no conocía, que me hacían sentir ajeno, gestos que obligaban a preguntarme qué hacía yo, un extranjero, ahí (47-50).

Como podemos apreciar, Rosario, considerada desde la perspectiva de los dos amigos, se transforma paulatinamente de sueño en realidad, a la par que se revela cual guía *ex contrario* o anti-guía que los conduce a los abismos de la perdición (Antonio: “Ya nos tragó la tierra”, 42). Un crimen, empero, desencadena su toma de conciencia: la caída brusca en la realidad más bronca y bruta tras el asesinato de Patico en los baños de la discoteca Acuaris:

Más que afectarlo [a Emilio] el crimen, lo que lo tenía fuera de sí era darse cuenta de que Rosario no era un sueño, sino una realidad. Claro que él no fue el único decepcionado.

[...]

Esa noche pensé que hasta ahí habíamos llegado con Rosario. Me equivoqué. No sé cómo logró que no le cobraran el muerto, y nosotros nunca supimos en qué momento descartamos el sueño y nos volvimos parte de la pesadilla (44-45).

El camino de la salida es, sin embargo, largo y tortuoso, con pasajes, sinuosidades y recodos sombríos y azarosos, como la desastrosa metamorfosis de Emilio²³ (que termina abocado a la indignancia, 119, 121, y aborrecido incluso por su propia familia), el paulatino cambio de Antonio²⁴ y el acusado deterioro de la relación entre ambos. Efectivamente, la influencia de Rosario transforma los sentimientos y desvirtúa las experiencias determinantes que los unían desde los años del colegio (la venganza de los curas, la primera película para mayores y las primeras revistas pornográficas, la primera masturbación y las primeras novias, la “primera vez” y la primera borrachera, los secretos y los momentos de ocio en los que hablaban de música y fútbol, la finca en Santa Elena y las rumbas, sobre todo, 91).²⁵

²³ “A Emilio también lo metió en ese paseo. El pobre casi se pierde” (17-18); “-Esa mujer me tiene loco” (23); “En su afán por seguirla, se fue metiendo poco a poco en el mundo extraño de Rosario y cuando se dio cuenta de hasta dónde había llegado, ya estaba hasta el cuello de vicios, deudas y problemas. Por tenerla había rodado con ella, y yo me volví un acompañante ocasional de su caída” (42); “Emilio vuelto mierda” (99-100); “-No te imaginás por las que hemos pasado”, “-Estás hecho una mierda, Emilio” (115); “me recibió como un loco”, “el miedo lo tenía desfigurado, también irreconocible” (120); “culo arriba” (135); “estaba jodido” (151); “seducido y embrujado” (172).

²⁴ “[N]o entendía por qué tanta obsesión [de Ferney], hasta que la fui conociendo, hasta que se me empezó a meter, hasta que me vi perdido con Rosario adentro, causándome desastres en el corazón. Entonces lo entendí” (95); “Rosario todavía no hacía estragos en mí” (96); “sus palabras me devastaron”, “el jodido era yo” (111); “presentía, y no me equivocaba, que más temprano que tarde yo acabaría como él [Emilio]” (115); “Cómo quererla y no perderme” (134).

²⁵ “[M]i mejor amigo, a quien tenía más razones para querer que a Rosario” (49); “En ese entonces yo quería más a Emilio, y me preocupaba lo que le pudiera pasar” (96); “habíamos construido desde el colegio una amistad a prueba de embates. Fue un juramento sin palabras, sin pactos de sangre ni promesas de borrachera. Fue simplemente una siembra mutua de cariño de la que cosecharíamos una amistad para toda la vida” (103); “Hoy ya no admiro a Emilio pero todavía lo quiero. [...] Sin embargo, creo que mi cariño por él no hubiera sobrevivido si no fuera por todos los recuerdos de nuestra inmersión en la vida” (104); “Sin haber pasado nada ya sentía que había traicionado a mi mejor amigo” (107); “Llegué hasta perdonarme por desear perdido a mi mejor amigo” (135).

Con el tiempo, su relación se convierte en una larga serie de despedidas y reencuentros, caídas y redenciones, recaídas y reveses en los que, al fin, Rosario –en su papel de mujer dominadora (“La mujer fuerte”, “ella ya dominaba la situación”, 93)– sale siempre airoso del envite.²⁶ Ni siquiera su larga y última ausencia de tres años (182) será la despedida definitiva;²⁷ vuelve a presentarse a tiempo para que Antonio pueda «recogerla» y acompañarla en su «último viaje». Sólo la muerte logrará interrumpir la cadena de dichas y desdichas, con la vuelta de Emilio y Antonio al seno de la familia y a los valores burgueses después de haber tocado fondo.²⁸

3.7. *Prototipo de mujer fatal*

La protagonista de la novela ha sido configurada mediante el recurso a muchos de los elementos característicos del arquetipo de la mujer fatal, cuyo influjo puede ser, como sabemos, devastador para quienes «caen en su trampa».²⁹ No sorprende, por tanto, que Antonio se refiera a ella mediante el término “adicción” (138), como si de una droga se tratara.³⁰ Como sabemos, su llegada genera en la vida de los dos amigos un cambio drástico y funesto;³¹ un cambio que desemboca en la dependencia, en la

²⁶ “–Entonces, ¿qué estás haciendo con ella? / –Más bien preguntale a ella qué está haciendo conmigo” (21); “le gustó el cuento y se lo echó a Emilio, que se lo comió todo, sin masticar” (22); “volvió a ganar” (49); “ella sabía cómo neutralizarlo” (53); “aunque volvimos a caer, esa vez Rosario tuvo que tener más paciencia para lograrlo” (140); “Rosario volvió a ganar, primero a mí y después a él, como de costumbre. De nada sirvieron las amenazas y las terapias, y peor aún, de nada nos sirvieron a Emilio y a mí las experiencias vividas con Rosario que os dejaron colgando la cuerda floja” (141); “Fueron promesas que ayudaron a justificar el regreso, los buenos propósitos con los que siempre se engaña el que recae” (145); “Nuestras vidas parecían haber retomado su curso normal” (158, donde el adjetivo «normal» tiene el significado contrario).

²⁷ “[L]o que comenzó a partir de entonces fue una larga despedida, el rompimiento de un vínculo con el que ya me había hecho a la idea de vivir siempre” (145).

²⁸ “[N]o fueron las presiones de los nuestros las que forzaron nuestro cambio, sino el que finalmente explotara la bomba que fabricamos Emilio, Rosario y yo” (59); “Los tres nos derrumbamos al tiempo, ya no podíamos con el peso de lo que habíamos construido” (64).

²⁹ Reproducimos algunos pasajes del comienzo de la novela: “[F]atalmente divina” (9); “por eso se defendió tanto, creando a su alrededor un cerco de bala y tijera, de sexo y castigo, de placer y dolor. Su cuerpo nos engañaba, creíamos que se podían encontrar en él las delicias de lo placentero”, “la noche tonta en que caí en su trampa” (14); “lo que me contó, lo que vi y lo que pude averiguar fue suficiente para entender que la vida no es lo que nos hacen creer, pero que valdría la pena vivirla si nos garantizaran que en algún momento nos vamos a cruzar con mujeres como Rosario Tijeras” (15); “mudo, incapacitado para cualquier otra pregunta”, “una sangre tan caliente y tan llena de veneno” (16); “Más fatal y más mujer se veía Rosario haciendo el amor” (17); “Cualquiera podía enloquecerse con Rosario, y si yo no caí fue porque ella no lo permitió, pero Emilio...” (21); “Había que tener muchas güevas para meterse con Rosario Tijeras” (22); “–Esa mujer es un balazo”, “Rosario es de esas mujeres que son veneno y antídoto a la vez. Al que quiere curar cura, y al que quiere matar mata” (23); “en la cama ella se encargaba de volverlo loco” (53); “Apenas vieron a Rosario les pasó lo que a todos: la querían para ellos” (71).

³⁰ “–Tu adicción no es a las drogas sino a la mierda” (136); “el problema del amor es ése, la adicción, la cadena, el cansancio que produce la esclavitud de nadar contra la corriente” (140); “Una vez que uno empezaba a quererla ya la quería para siempre” (150).

³¹ “Siempre fue así, hasta que llegó Rosario” (91); “cuando la encontré a ella, nuestro escándalo mayor, nuestra Rosario Tijeras” (104).

entrega incondicional, en los resentimientos punzantes, en el silencio, en la droga, en el llanto.³²

Para lograr sus fines se sirve de las armas seductoras al uso de la *femme fatale*: su sensualidad (no en vano Antonio rememora su primera comparecencia como la de una Venus futurista);³³ su hermosura carnal (que perdura más allá de los estragos de los vicios, de la agonía, de la muerte³⁴), favorecida e incrementada por su pelo negro, su “piel canela” (92) y “su color mestizo” (134), su mirada intensa y seductora, centelleante, homicida, engañadora y zalamera,³⁵ su sonrisa, su boca y sus dientes,³⁶ su lengua sensual, aduladora y persuasiva,³⁷

³² “Sin embargo, nunca tomamos parte de ningún lado, nos limitamos a seguir a Rosario en su caída libre, tan ignorantes como ella del porqué de las balas y los muertos, gozando como ella de la adrenalina y de los vicios inherentes a su vida, cada uno queriéndola a su manera, éramos muchos buscando algo diferente detrás de una misma mujer, Ferney, Emilio, los duros de los duros, y yo, el que más y el que menos podía tenerla” (79); “Nos volvimos como tres suicidas compitiendo por llegar primero a la muerte, tres zombis frenéticos, cortándonos con nuestras rabias afiladas, con nuestros resentimientos punzantes, hiriéndonos a punta de silencio, acallando lo que sentíamos con droga, solamente mirándonos y metiendo. Después, no recuerdo al cuánto tiempo, lloró Rosario, lloró Emilio y cuando ya no pude aguantarme, lloré yo también, sin saber por qué precisamente, o si hubo un motivo uno diría que fue por todo, porque es cuando todo rebosa el alma que uno llora” (118).

³³ “Bailaba sola [...] emergió Rosario como una Venus futurista, con botas negras hasta la rodilla y plata-formas que la elevaban más allá de su pedestal de bailarina, con una minifalda plateada y una ombli-guera de manga sisa y verde neón; con su piel canela, su pelo negro, sus dientes blancos, sus labios gruesos, y unos ojos que me tocó imaginar porque bailaba con ellos cerrados para que nadie la sacara de su cuento, para que la música no se le escapara con alguna distracción, o tal vez para no ver a la docena de guaches que la creían propia, encerrándola en un círculo que no sé cómo Emilio pudo traspasar” (92).

³⁴ Entresacamos sólo algunos pasajes del comienzo y del final: “Aún moribunda se veía hermosa, fatalmente divina” (9); “Volvía a ser tan hermosa como uno siempre la recuerda” (19); “su belleza” (58); “más hermosa que todos los días” (70); “nunca antes ni después tocaría algo más real, más de carne, más hermoso” (87); “ese bizcocho” (94); “igual de hermosas” (111); “su belleza brusca”, “sus encantos” (134); “la belleza” (157); “«Hasta la muerte te luce», no la recordaba así de hermosa” (182); “se la llevan de su último mundo, rodando sobre la camilla, todavía tan hermosa” (188).

³⁵ Nótese los términos inherentes a los campos semánticos de la perdición, la trampa, la mentira, la seducción y la muerte: “Rosario hablaba mirando a los ojos, me atrapaba con ellos por más tonto que fuera el tema, me llevaba a través de su mirada oscura hasta lo más hondo de su corazón” (32-33); “ella siguiendo mi voz con su mirada y yo perdiéndome en sus palabras y en sus ojos negros” (33); “abría sus ojazos” (38); “vos no te imaginás la mirada que me echó cuando salió. Vos no te la imaginás” (93); “me quería comer con los ojos” (94); “La veía [...] con sus ojos tiernos así fuera mentira su mirada”, “No me importaba [...] el falso amor [...] de esos ojos” (122); “me miró engañándome más amorosa” (123); “el brillo en los ojos” (157); “esos ojos intensos” (167); “seducido y embrujado por los ojos de Rosario, que se movían hacia todos los ángulos buscando las ideas que justificarían sus acciones” (172); “Con la mirada me remató” (186); “el prodigio de sus ojos negros mirándome” (187).

³⁶ “[U]na sonrisa, como si sus dientes blancos fueran su segundo apellido” (13); “me daba una sonrisa, la más bella de todas” (16); “Como mucho ofrecía una sonrisa, de esas que alumbran en la oscuridad. / –Por Dios, Rosario, ¿cuántos dientes tenés?” (17); “sus dientes blancos, sus labios gruesos” (92); “la sonrisa con la que en esa ocasión Rosario dio por terminado su cuestionario” (105-106); “su sonrisa con todos los dientes” (134).

³⁷ “[C]on su lengua mojando inútilmente sus labios secos”, “No me importaba [...] el falso amor [...] de esa lengua” (122); “su lengua asesina volvió a salir esta vez un poco más húmeda” (123).

su parla expresiva, desenfadada, desenvuelta y expedita,³⁸ sus gestos efusivos y vehementes, con frecuencia acentuados por sus manos.³⁹

Y también constatamos las características y los rasgos negativos que suelen configurar el retrato de la mujer fatal, cruel, enemiga, como la frialdad interior (que se contrapone a su sensualidad, a su vehemencia irresistible, a su “pasionalidad”), que va de la mano y a la par de una impasibilidad y una falta de emociones que se refleja, a su vez, en la obstinación con la que persigue sus objetivos y concibe y lleva a cabo sus planes de venganza. En el marco de la impasibilidad se inscribe también su capacidad de asesinar sin inmutarse incluso mientras besa o tras constatar fríamente, antes de abandonar el lugar del crimen: “Vámonos [...] que ya me aburri” (43). Es más: Rosario es capaz de matar sin conocer a su víctima (un acto que recuerda —cabe subrayarlo— la indiferencia y la gratuidad con que Meursault, el inolvidable protagonista de *L'étranger* de Camus, asesina al joven árabe en la playa):

- Matamos a un tipo —dijo él.
- Matamos es mucha gente —dijo ella con la boca seca y la lengua pesada—. Yo lo maté.
- Da lo mismo —volvió a decir Emilio—. Lo que haga uno es cosa de los dos. Rosario y yo matamos a un tipo.
- ¿A quién, por Dios? —pregunté indignado.
- No sé —dijo Emilio.
- Yo tampoco —dijo Rosario (18).

A ello se suman su imperturbable temeridad y su impavidez (“ni corta ni perezosa”, 22), el recurso a la mentira sistemática y calculada (verbal o gestual), al fingimiento (el acto de besar antes de matar)⁴⁰ y la crueldad (de ahí el respeto y hasta el pavor que despierta en los demás).⁴¹ Efectivamente, si Emilio puede traspasar el círcu-

³⁸ “Hablaban con los ojos, con la boca, con toda su cara, lo hacía con el alma cuando hablaba conmigo” (33); “Cada vez que Rosario contaba una historia, era como si la viviera de nuevo” (38); “Cuando se decidía a hablar, Rosario era como un gotero. Colocaba en la lengua del sediento las gotas necesarias para hacerle imaginar el chorro entero. Sus palabras tasadas eran una droga deliciosa y adictiva que antojaban de saber más” (73).

³⁹ “Me apretaba el brazo para enfatizar algo, o me ponía su mano delgada sobre el muslo cuando lo que me contaba se complicaba” (33); “me tomó la mano con cariño [...]. Su juego sucio me hizo descubrir el tope del amor por alguien”, “La veía con mi mano entre las suyas”, “No me importaba [...] el falso amor de esas manos” (122); “me apreté la mano más fuerte” (123); “Rosario estiró su mano que quedó exactamente entre Emilio y yo, ni más cerca de él ni más cerca de mí, justo en el medio” (163); “Nos apreté duro. Tenía su mano mojada de lágrimas, fría como su aire y temblorosa a pesar del apretón” (164); “La brisa le empujó el cabello sobre la cara y con ese gesto que yo tanto adoraba se lo colocó detrás de las orejas” (177); “Me apreté el muslo como solía manifestar su afecto, y después a tientas buscó mi mano” (177-178).

⁴⁰ “[A] la que no se le podía creer nada era a la misma Rosario. Tenía la capacidad de convencer sin tener que recurrir a muchas patrañas, pero si surgía alguna duda sobre su «verdad», apelaba al llanto para sellar su mentira con la compasión de las lágrimas” (21); “respaldada por sus mentiras, le encantaba enredar la pugna” (29); “La veía [...] con sus ojos tiernos así fuera mentira su mirada”, “No me importaba [...] el falso amor [...] de esos ojos” (122); “me miró engañándose más amorosa” (123).

⁴¹ “—Con el solo nombre asusto [...]. Eso me gusta” (13); “—Desde niña he sido muy envalentonada [...]. Las profesoras me tenían pavor” (19); “Sus historias no eran fáciles. Las mías parecían cuentos infantiles al lado de las suyas, y si en las mías Caperucita regresaba feliz con su abuelita, en las de ella, la niña se comía al lobo, al cazador y a su abuela, y Blancanieves masacraba los siete enanos” (33); “mala [...] muy mala” (127).

lo en el que se recluye Rosario y penetrar en su mundo es por el respeto y el miedo que los demás le profesan. Un respeto ganado a pulso (el tiro a Patico⁴² por haberla acusado de ser “una regalada”, 43, es el acto más explícito,⁴³ aunque no el solo). Así se explica que las amenazas de Ferney por su relación con Emilio –“«Lo mato a él y después te mato a vos»” (11)– se queden en agua de borrajas: “él sabe que si le hace daño a Emilio me lo hace a mí y de lo que sí estoy segura es que Ferney nunca se atrevería a herirme” (99).

Hemos visto que la crueldad de Rosario también recae sobre quienes la quieren, y en especial sobre Antonio, como revelan el término “asesina” referido a ella y los pasajes que entresacamos: “ese sentimiento que a mí me mataba pero que en ella no parecía existir”, “Su respuesta fue en cambio una pregunta asesina, como todo lo suyo, que si no me mató sí me dejó malherido” (168); y, sobre todo, sus recuerdos de la «noche única» (185-186), en los que percibimos –amén de actitudes y observaciones de Rosario deliberadamente hirientes arriba consignadas⁴⁴– varios términos relacionados con los campos semánticos de la crueldad y sus efectos letales antes señalados.⁴⁵ La crueldad y la propensión a la venganza confluyen en ella hasta crear una amalgama letal y perversa: como la mantis religiosa o santateresa, seduce para luego matar. Efectivamente, Rosario es también dispensadora de muerte, a veces anunciada mediante sus besos, variantes del beso de Judas:⁴⁶

Varias veces me tocó verla gorda, las mismas veces que se metía en un problema de gran tamaño, las tantas veces que sincronizó un beso con un balazo.

–¡Yo no entiendo esa manía tuya de besar a los muertos!– le decía Emilio iracundo.

–¿Cuáles muertos? –respondía ella–. Yo los beso antes de que se mueran (41).

Por lo demás, la muerte es, en su fuero interno, algo natural, una presencia que la acompaña desde su niñez.⁴⁷ Es más: Rosario es también la personificación de la muerte (a la que se imagina “como una puta de minifalda, tacones rojos y manga sisa”, 82, pare-

⁴² “No sabíamos qué tenía Rosario porque aunque sus amigos siguieron yendo, nunca se acercaron ni molestaron a Emilio y mucho menos después del incidente con Patico” (94).

⁴³ Véase también la orden de Johnefe, que se repite a modo de estribillo: “Que la niña decida” (69, 96, 153) o la frase “los deseos de su hermana eran órdenes” (96).

⁴⁴ Rememoramos los más significativos: “–Emilio lo tiene más grande que vos”, “lo nuestro fue sólo eso, la reacción de Rosario no daba para pensar en algo más”, “se me cubrió hasta la nuca y me dio la espalda”, “se encogió bruscamente”, “sin mirarme me devolvió a mi esquina”, “–Mejor durmámonos, Antonio”, “No me miró, ni se dio vuelta ni dijo nada”.

⁴⁵ “[D]oloroso secreto”, “doloroso”, “odio”, “me venciera el dolor”, “destrozado”, “miserable”, “quedar como ella me quería ver”, “me remató”, “me dolía”, “lloré”, “llanto”, “el desprecio”, “quería que ella se enterara de lo que había hecho, en lo que me había convertido”, “mis sollozos”, “llorando”, “no tenía nada que perder”.

⁴⁶ “Recuerdo las veces que vi a Rosario besando a otros hombres y los recuerdo cayendo muertos después de un balazo seco, disparado a ras del cuerpo, aferrados a ella, como si quisieran llevársela en su beso mortal”, “Sus besos saben muy raro. [...] un sabor muy raro [...]”. Como a muerto” (102); “«tus besos saben a muerto, Rosario Tijeras», ya Emilio me lo había advertido y yo pude comprobarlo” (182); “se pasaron su sabor a trago y a muerto, «tus besos saben a muerto», recordé” (184).

⁴⁷ “–¿Si te has fijado que muerte rima con suerte?”, “Ella todo lo relacionaba con la muerte” (67); “–No me gusta cuando llueve [...]. Parece que arriba estuvieran llorando los muertos” (126).

cida a ella, de la que podía esperar “lo peor”, 109, pues la muerte era –y había sido– “su pan de cada día, su noticia más persistente, y hasta su razón de vivir”, 163). En suma, es, por sus propiedades características de mujer fatal, una manipuladora (de Antonio, Emilio y Ferney, *in primis*, pero su poder se extiende incluso hasta los “duros de los duros”) que recurre a sus armas físicas y psicológicas para convencer, hacerse perdonar y situar a los demás en posiciones que no dejen espacio a la alternativa.⁴⁸

Sin embargo, aunque Rosario sepa “mover sus fichas”, lograr lo que anhela y tenga pose de heroína (pensemos en los cercos de misterio y mito que ella misma alimenta), es una perdedora. Sus lados «débiles», sus miedos ocultos se sustentan en la violencia contra sí misma, la bulimia en la que se refugia cada vez que comete un crimen.⁴⁹ Su permanente lucha con la vida –lucha generacional, transida de continuada violencia– termina, como la de miles de coetáneos de su entorno, en el quirófano o en la morgue de un hospital (“Tampoco sé qué voy a hacer con tu cuerpo, Rosario”, 187, dice Antonio al final de la travesía nocturna):

Desde que Rosario conoció la vida no ha dejado de pelear con ella. Unas veces gana Rosario, otras su rival, a veces empatan, pero si uno le fuera a apostar a la contienda, con los ojos cerrados vería el final: Rosario va a perder. Ella seguramente me diría, como me dijo siempre, que la vida nos gana a todos, que termina matándonos de cualquier forma, y yo, seguramente, tendría que decirle que sí, que tiene razón, pero que una cosa es perder la pelea por puntos y otra muy distinta es perderla por «nocaut».

Cuanto más temprano conozca uno el sexo, más posibilidades tiene de que le vaya mal en la vida. Por eso insisto en que Rosario nació perdiendo, porque la violaron antes de tiempo, a los ocho años, cuando uno ni siquiera se imagina para qué sirve lo que le cuelga (25).

Rosario es una heroína a medias: cuando rememora una historia es como si la “viviera de nuevo”, incapaz de dominar los amagos de odio, amor o sentimientos de entonces, acompañados de sonrisas inseguras o de lágrimas:

Rosario podía contar mil historias y la historia era sólo una, la de Rosario buscando infructuosamente ganarle a la vida.

⁴⁸ “Rosario se quejaba pero en realidad siempre le gustó el duelo. En cierta forma, ella fue quien más lo propició, era la que más llevaba y traía, respaldada por sus mentiras, le encantaba enredar la pugna” (29); “Era un favor que me pedía con frecuencia y que me ponía contra la pared”, “como la que manipulaba los sentimientos era ella, finalmente la complacía con mis silencio” (49); “Terminábamos siempre por conformarnos, Emilio, Ferney y yo. Nos contentábamos con que regresara, con el cariño que tuviera disponible y la forma como quisiera repartirlo” (71); “sabía mover sus fichas, conocía a su gente y qué esperar de ellos”, “Así lograba que le cambiaran el apartamento o el carro, o que le engordaran su cuenta bancaria” (99).

⁴⁹ “Cada vez que Rosario mataba a alguno se engordaba”, “todos, al ver que aumentaba de peso, deducían que Rosario se había metido en líos”, “A los tres o cuatro meses del crimen, dejaba de comer y comenzaba a adelgazar” (19); “cuando [Johnefe] me veía inflada, le daba por averiguar en qué andaba yo por esos días. No le gustaba que me metiera en líos”, “Varias veces me tocó verla gorda, las mismas veces que se metía en un problema de gran tamaño, las tantas veces que sincronizó un beso con un balazo” (41); “Un mes después de la llamada, apareció Rosario. Estaba gorda. No era la misma que dejé en las lomas” (54); “los kilos y su bondad conmigo provenían de haber saldado ya el rencor” (69); “pienso que su gordura post-crimen está más relacionada con el miedo que con la tristeza por la pérdida” (82); “cada vez que la veía salir flaca y volver gorda” (96).

—¿Ganarle qué? —me preguntó a propósito Emilio, que no sabía mucho de estas cosas. Ganarle simplemente, doblegarla, tenerla a sus pies como a un contendor humillado, o al menos engañarse, como estamos todos [...]. La pelea de Rosario no es tan simple, tiene raíces muy profundas, de mucho tiempo atrás, de generaciones anteriores; a ella la vida le pesa lo que pesa este país, sus genes arrastran con una raza de hidalgos e hijueputas que a punta de machete le abrieron camino a la vida, todavía lo siguen haciendo [...]. Hoy el machete es un trabuco, una nueve milímetros, un changón. Cambió el arma pero no su uso (38).

Perdedora desde el comienzo mismo (cuando nació “traía la desgracia bajo el brazo”, 39), desde su infancia (su madre no la quiso) y, sobre todo, desde el día aciago de su primera violación, causa primera y origen renovado y persistente del dolor; un dolor que “nunca se le quitó”: “más bien le cambió de sitio cuando se le subió para el alma” (26). Perdedora desde la primera imagen de la novela: la «mujer-balazo» (23), como la bautiza Antonio, se ha transformado en “La muchacha, la del balazo” (11); “la mujer del balazo” (29). El dicho bíblico (“El que a hierro mata, a hierro muere”) termina confirmándose (“si alguien le fallaba, sabía que sería recompensado con un beso y castigado con un tiro, a quemarropa, así como le enseñó Ferney”, 99): “le pegaron un tiro a quemarropa mientras le daban un beso” (9).

Pierde porque, como indica el símil de las ballenas que se niegan a regresar al mar, carece de fuerza y voluntad para abandonar el círculo maléfico en el que ha entrado:

Me hizo recordar a las ballenas testarudas que no quieren regresar al mar. Por más que yo intentaba arrastrarla hacia la luz, ella ayudada por mi peso buscaba hundirse más, como si fuera un propósito. Finalmente acepté que yo no podía hacer nada por ella, que mi única alternativa era estar a su lado y esperar a que al menos rebotara en su caída (129).

4. Conclusiones

Rosario Tijeras relata la historia de una perdición, de una formación *ex contrario*, de una metamorfosis y de unas vidas tampoco ejemplares e infamantes como las que se relatan en uno de sus hipotextos,⁵⁰ *Lazarillo* (no es casualidad, por tanto, que en la novela también se dé el *ménage à trois*). Una historia de perdedores, en la que los tres protagonistas pierden a un ser querido: Rosario pierde a su hermano Johnefe (“—Me mataron al amor de mi vida [...]. El único que me ha querido” (49); Ferney pierde a Rosario, que se arrima a Emilio; Rosario pierde a Ferney (172-173) y pierde a Emilio, que decide terminar definitivamente con ella (“no me volvás a hablar de ella”, 180); Antonio pierde a Rosario (“Tengo que dejarla, mirarla por última vez y dejarla”, 187); Antonio y Emilio la pierden el día que conoce a los «duros» (“Todavía no la conocía pero sé que ese día la perdimos todos. Y hasta ella misma perdió lo que antes era y todo lo que había sido

⁵⁰ Álvaro Pineda Botero señala otros antecedentes memorables de Rosario en la novela latinoamericana: *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, y *La vorágine*, de Rivera. Las tres heroínas son “hembras castradoras que alimentan una corte de áulicos, los enamoran, los envilecen y no dudan llegar al sexo o al asesinato para mantener y aumentar su poder. En esos dos clásicos, el escenario es el llano o la selva. En la novela de Franco es la urbe. Los escenarios han cambiado pero la esencia de la hembra indomable, violenta, ambiciosa y maligna, permanece en Rosario” (2005: 198-199).

quedó convertido solamente en el sumario de su conciencia”, 153); todos los protagonistas se pierden a sí mismos (Antonio: “Si ya estaba perdido nada perdía con perderme”, 122; “ya no tenía nada que perder”, 186; Emilio: “se perdió del todo”, 154) o mueren (Johnefe, Ferney, Rosario). Y se «pierde» el capo de los «duros», asesinado un 5 de diciembre de 1993 (181).

La lectura ceñida al texto de *Rosario Tijeras* ilustra las tesis formuladas y desarrolladas en los trabajos precedentes. De más está decir que el análisis de una de las aportaciones paradigmáticas que constituyen el nutrido corpus de la novela del narcotráfico pulsa un único acorde de la entera melodía que ofrecen las tramas y argumentos del subgénero “picaresco” en su conjunto, que entre tanto supera con creces el centenar de obras de ficción, al que se suman otros tantos inherentes al género autobiográfico en sus varias modalidades.

Bibliografía

- Arango, Manuel Antonio (1985): *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*. México: Fondo de cultura económica.
- Cruz, Juan (2008): “Delirio y desbarrancadero en Colombia. Los autores Laura Restrepo y Fernando Vallejo abordan la actualidad y el drama de su país”. En: *El País*, 2 de marzo, pp. 8-9.
- Franco, Jorge (2003): *Rosario Tijeras*. Bogotá: Editorial El Tiempo.
- Guzmán, Germán/Fals Borda, Orlando *et alii* (1962): *La violencia en Colombia*, I. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, pp. 178-200.
- Pineda Botero, Álvaro (2005): *Estudios críticos sobre la novela colombiana 1990-2004*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Restrepo, Laura (1976): “Niveles de realidad en la Literatura de la ‘Violencia’ Colombiana”. En: *Ideología y sociedad* (Bogotá), 17-18, pp. 7-35.